PREÁMBULO

Estos relatos fueron escritos durante mis últimos 15 años de exilio voluntario, en la Piara Imperial (como le llama José Luis Perdomo Orellana a los Estados Unidos). Algunos aparecieron, por vez primera, en mi muro de Facebook. De ahí el título en su primera versión: *Quince relatos feisbuqueros*. Tuve la intención de parodiar los *Doce cuentos peregrinos*, de Gabriel García Márquez, hasta que nuestro Premio Nacional de Literatura, con su apabullante forma de ser, me lo mandó al carajo.

Desde que nos volvimos a encontrar, después de casi 50 años, comenzó a llamarme Capitán, aclarando que el sustantivo no tiene ninguna connotación militar, por lo que no era un insulto. Buscaba ensalzar el nombramiento de capitán de la selección clasificada de basquetbol que tuve el honor de portar en la Escuela de Comercio. Así nació el nombre del libro.

Varias de estas narraciones son producto del insomnio, ante la angustia de un regreso que no se daba. Me sentaba en la computadora a redactarlos, de un tirón. Muchos de mis amigos y familiares leyeron los relatos, en su forma cruda y llena de errores. Casi todos me alentaron a seguir escribiendo. Algunos me regañaron, al sentirlos demasiado extensos. Por supuesto, sufrí algunos comentarios mordaces. Para eso se prestan las redes so-

ciales. Otras veces, los textos ofendieron a las personas que mencioné y me acarrearón maltratadas cibernéticas. La culminación fue la enemistad otoñal con algunas de mis hermanas que se resistían ante los recuerdos tristes del pasado. Escribí otros, pero los dejé en el disco duro para evitarme el paseo de la infamia. Los resucité aquí por el puro placer de reescribirlos.

El reencuentro con José Luis Perdomo Orellana fue trascendental para el nacimiento de este libro. Desde 1975, año en que me gradué de la Escuela de Comercio, ya no volví a verlo. Pero cada vez que su nombre y su imagen aparecían por las páginas de la prensa, los recuerdos afloraban y lo veía actuar en los escenarios montados en los institutos nacionales para los concursos de oratoria. Sus palabras incendiarias y su dominio del público eran electrizantes y sus discursos terminaban con aquel ¡HASTA LA VICTORIA... SIEMPRE!, y las manos en alto haciendo la V de la victoria. Cuando le entregaron el máximo galardón cultural del país, el Premio Nacional de Literatura Miguel Ángel Asturias, me propuse buscarlo y felicitarlo personalmente.

En agosto del 2023, ya en los últimos días de un viaje improvisado a la convulsionada patria, dos amigos me convocaron a un almuerzo. Después de casi cinco horas de plática terminamos nuestra reunión y decidí ir a la librería Sophos en el segundo nivel de un centro comercial. Saliendo de la misma venía una figura conocida que no lograba ubicar en mi memoria. De pronto figura y recuerdos colisionaron. Salió espontáneamente de mi boca su nombre y me dirigí hacia él. Lógicamente no me reconoció. Reculó un poquito, algo azorado, y se preparó para la defensa, confundíendome quizás, y debido a mi figura, con algún policía judicial de los de antaño. Le mencioné la Escuela de Comercio y al instante su semblante y actitud cambiaron. Para hacer más patentes mis buenas intenciones, le mencioné algunos nombres de compañeros de aquel tiempo. “Venite”, me dijo, y me condujo a los entramados de la librería. Seleccionó un par de

libros suyos, los pagó y me los entregó. “Te los firmo la próxima vez que vengás y nos veamos”, me dijo. Pero... ¿cómo chingados iba yo a desperdiciar la oportunidad de platicar con él? Así que lo invité a tomar algo. “Aquí no”, me dijo y me invitó a un bar que queda como a tres o cuatro cuadras, y hacia allá nos dirigimos. La tarde se hizo noche. Me comí con ansiedad cada una de sus palabras y le pregunté cómo le hizo para salir vivo de la dictadura. Con bastante vergüenza, pero aguantándomela como los machos, le mostré el pequeño texto que había escrito cuando tuve noticias sobre su efeméride. Lo leyó en mi teléfono. Creo que por educación y buenas maneras, me invitó a escribir mis memorias en la Escuela de Comercio.

Le tomé la palabra y me apliqué a buscar y revisar mis escritos.

Todos fueron escudriñados y pasados por el colador. Ya no son los mismos, pero son iguales, como dice la canción de Silvio Rodríguez.

Estos son, pues, mis relatos íntimos, que ya no son ni doce ni quince ni son cuentos, ni son peregrinos. Podríamos decir que su peregrinaje no fue por el mundo físico sino por el oscuro e inasible mundo de los *bits* y de los *bytes*.

La revisión de cada uno de ellos fue difícil. Por mi calidad de lector y no de escritor, no leo para corregir sino para disfrutar. Son, por lo tanto, producto de un esfuerzo considerable, que espero no sea fallido.

Aquí están, por lo tanto, mi querido lector o lectora. Ahora ya son suyos y no míos y usted puede pensar de ellos lo que le dé la gana y construirlos y reconstruirlos en su mente cuantas veces quiera y como quiera.